

## Gasolina Express



*Cruzando el Río Grande a Tejas  
Steve Liss/Time  
(2003)*

Comenzaba a aclarar más allá del horizonte, hacia la Sierra de Perijá, cuando Aparicio entraba a la ciudad de Agustín Codazzi, en el Balcón del Cesar. Opacos aún por la penumbra, los edificios del centro administrativo marcaban una prosperidad inesperada. Anuncios de la Feria Ganadera. Trabajadores del campo y arrieros se desplazan al trote, en silencio, sin desprenderse de la montura, los sombreros gachos cubriendo el rostro, poncho liviano y machete al cinto.

El Reta quisiera pasar la mañana en Codazzi. Esperar que abran la casa donde dicen que trabajó un tiempo el cartógrafo. Ver de cerca algún trabajo suyo. Es lo que se imagina el viajero: hablar con el curador del sitio, recoger alguna anécdota, quizá comprar alguna reproducción para llevar de recuerdo. Se lo imagina, porque en esta ciudad no hay casi nada del italiano que le aporta su nombre. Además, Américo insistió en que la atravesara sin distraerse y continuara por el camino que acom-



La María Ábrego,  
Norte de Santander  
J. Angarita (2009)

paña el río hacia la montaña, hasta una trocha ancha, casi un camino de hacienda, que lo llevará hacia el sureste trepando gradualmente la serranía.

Siente hambre y cree que algo caliente le haría bien antes de continuar. Se detiene en un paradero hacia la salida de Codazzi. La cocinera le ofrece huevos revueltos con pan de yuca y café tinto. También tiene queso fresco. Pide agua fresca y se acomoda. Tiene hambre y

sed pero no siente el deseo de ingerir, de masticar y tragar. Se siente como si no hubiera terminado de digerir la sopa de pollo. Toma agua y un sorbo de café, un bocado de huevos y un trozo de pan. La mujer lo mira como si le buscara el fondo de ojo. ¿Se le pasó el hambre? Está tan sabroso todo el desayuno y fíjese que sí, como que se me pasó. Más tarde quizás.

Anda mal del estómago. Sí, creo que sí. Tengo yerbas frescas del monte. ¿Suyas? Las cuido. El Reta asiente. Deje el café para otro día. Le voy a hacer agua de orégano, si quiere la toma y si no, la deja. Saca hojas secas de un saco de tela gruesa y las frota entre las manos deshaciéndolas sobre el agua hirviente. El orégano suelta su aroma.

Para el Camino de la Hacienda ¿falta mucho? ¿Lo están esperando? Creo que sí. El desvío está a cinco kilómetros, siga el alambrado y va a encontrar la tranquera a su derecha, no se pierde. ¿Para dónde va? El Reta hace un gesto impreciso hacia la Sierra. Usted tiene que cuidarse, dice la mujer. Coma con cuidado. Cierne las hojas y le acerca el tazón humeante. Sopla y prueba. El sabor es intenso, amargo. Le parece bien. Justo y necesario. Gracias.

Fueron más de cinco los kilómetros hasta encontrar la tranquera, en el alambrado de púas y la cabeza de buey reseca por el sol sobre el poste bajo el árbol que marcaba la entrada. Abre la tranquera, pasa la Africana y la vuelve a cerrar. No hay nadie esperando. El ganado, impasible. Colinas de pastizales. El sol tarda en quitar la sombra del monte. Avanza más de una hora por el camino de ganado. Calcula que debiera estar cerca

de algún poblado. La hoja de Américo indica cruzar un arroyo y pasar por el costado alto de La Jagua. El arroyo resulta ser el Tucuy, que con lluvia en la Sierra sería profundo, revuelto, impasable.

El fondo es de piedra rodada. Agua hasta el eje. Otra vez Manakara. Río abajo, al borde de una vega crecida, hay ganado tomando agua. Unos muchachos arrieros lo ven meterse para cruzar y le señalan desde lejos por dónde hacerlo. Llega a un caserío sin gente donde el camino se divide. Un rótulo que señala a la derecha dice La Loma de Drummond. Imagina el motivo de Américo por el que hacerle cruzar esa parte por las trochas de ganado. En la ruta habría retenes. Ercilia le habló de la mina de La Loma. Cráteres, excavadoras, el ferrocarril al mar, como en Uribia lo de El Cerrejón.

El sol comienza a templar la mañana. En dos horas ha hecho casi 100 km. El movimiento es instintivo, piensa tiempo y distancia y baja la mano para tantear la llave de paso de la gasolina. Está en reserva, no le habría avisado que necesitaba cargar. Trata de recordar la última vez que llenó el tanque de combustible.

Está en reserva desde la última vez que se le agotó el combustible, antes de llegar a Riohacha. Desde entonces tanqueó dos veces. Sin pérdidas habría recorrido unos 800 kilómetros de Guajira. Más los paseos en camioneta. Pierde noción del tiempo transcurrido. La pausa del cuenta kilómetros, detenido desde el Portal de las Estrellas. Reloj y velocímetro con síndrome bipolar. Almanaque aleatorio se ajusta con premiado por Pijao de Oro. ¿Cuándo fue que conoció a Isidro, al costado del camino? Un mes. Menos. No puede ser tanto. Una semana. Pero ya es tarde.

Cuando la Africana avisa con espasmos que se está quedando seca, el viajero transita por una vía polvorosa de ripio grueso y suelto. No solitaria, pero sí poco transitada. Un rato antes se había cruzado con una camioneta cargada con bidones y campesinos.

Según la hoja de ruta, está entre Soledad y Palestina. Pintado en letras amarillas, sobre una piedra junto al camino, lee La Mata – Ayacucho subrayado con una flecha. La frontera con Venezuela estaría en esa dirección, hacia el Este, a unos quince kilómetros, cuesta arriba por trochas que no figuran en su



Río Revuelto  
Jan Sochor (2006)

carta de ruta. Debió desviarse sin necesidad en algún cruce poco claro.

Se detiene en el primer parche de sombra y desmonta. Al tocar tierra siente la queja de su rodilla en un acorde de altibajos, la tuba tendón y el clarín lateral interno. Alerta amarilla. Toma unos sorbos de agua de la botella plástica y afloja los elásticos que sostienen el bastón de Don Amable contra el morral y las alforjas. Cuando consiga gasolina estrenará el filtro socrático. Reposa la espalda contra un tronco seco y se estira hasta sentir el reacomodo vertebral. A fin de cuentas, el camino es un modo más de pasar el tiempo, y eso hace.

Al rato, cuando empezaba a cabecear con el calor, un punto de polvo asoma por donde la vía se estrecha y se pierde en la primera curva ascendente. Una línea delgada. Toma un rato definir la bicicleta, la figura de un hombre con sombrero, morral, un par de cajas de cartón, un machete corto y el bidón de plástico con su promesa combustible.

Ronda los treinta años pero podría ser abuelo. Parece ser de la zona. La rueda delantera está descentrada. El bigote tupido disimula su expresión. Él también habría estado midiendo al Reta mientras se acercaba: extranjero, veterano, perdido, tanque seco, vulnerable, bajo riesgo, palo punta de lata.

Buenas tardes, señor. Buenas tardes. Una alegría verlo venir tan preciso. ¿Gasolina? Sí, creo que eso es lo que necesita. Así pasa. Las distancias engañan. El hombre desmonta y apoya la bicicleta contra el árbol. ¿A dónde se llega por este camino? Al campo. El Reta repasa alrededores de reojo: tal vez se distrajo y se le pasó la ciudad, el pueblo, un caserío. Ahí termina. ¿Ayacucho? Sí, de ahí en adelante es monte. ¿Hay paso? El hombre mide y pesa la Africana, el equipaje y el viajero. Está difícil. Mejor dé la vuelta por allá, más tranquilo. ¿Cuánto puede venderme? ¿Cuánto quiere? Con cinco salgo. Le doy diez por diez, por si acaso. Con eso me arregla, gracias.

Decían que del otro lado era a diez por uno. Ahí no más. Pero no es paseo cruzar esas canecas por el monte, cruzar el agua, no es paseo. Cierto. No es paseo y cada cual tiene que recibir su parte para evitar desgracias.

El Reta había escuchado a Rosquillo decir, que era precisamente, porque lo del reparto y las tajadas no estaba claro ni resuelto que estaba corriendo tanta mala leche. Se pierde la cuenta de cuántos, por quién y para qué.

El hombre de la bicicleta cruza sus cuatro pimpinas de veintiséis litros desde que el tiempo es tiempo. Contrabando hormiga es mucho decir. Tránsito homeopático exagera menos. Se juega el pellejo en cada cruce, con familia de ambos lados, rebuscándose el cómo sacarle sustento a los gradientes de oferta y demanda, el desnivel acantilado de los precios.

Manguera plástica de un cuarto. El Reta destapa el tanque y acomoda el filtro. El hombre mira y hace un gesto de aprobación mientras chupa y escupe hasta que corre sin aire y la mete cuidando no dañar la tela.

Algo atrae su atención del lado de la principal. El Reta sigue la mirada pero sólo alcanza a ver, a media distancia, unos pajarracos subiendo en círculos con una corriente caliente. Podrían ser aguiluchos o gallinazos. Unos, expertos en bocado vivo, los otros, en anticipar el momento de la limpieza.

Podría haber usado la manguera más gruesa y ya habría despachado los diez litros. Parece la camioneta de control lo que levanta polvo. El Reta la escucha antes de verla. El hombre mira pasar gasolina por la manguera. La camioneta viene con música. Doscientos metros. Quita la manguera y hace volver el líquido en tránsito a la pimpina. La enrosca bajo el asiento. El Reta quita el filtro y cierra el tanque.

El muchacho que conduce frena bloqueando las llantas. Mientras se despeja la polvareda apaga el motor y, por unos instantes, queda sólo Daddy Yankee, con La Gasolina raspando ritmo en el silencio. Hay armas a su alcance, en el asiento del acompañante. La camioneta debe ser de uno de los que está en la bronca pesada por lo del reparto. En la puja todo vale, si convence a la competencia y mejora el porcentaje.



Maracuyá con Ron  
G. Lofredo (2008)



*Para las mayores  
Para las menores  
Para las zorras de cazadores  
Para las mujeres que no apagan motores*

Hasta el que pone la camioneta solo guerrea por miserias para poder mostrarse en chatarra cromada mientras le dura la salud.

*Gas Natural  
Cruce Colombia/  
Venezuela  
Jan Sochor (2006)*

*Tenemos tú y yo algo pendiente  
Tú me debes algo y lo sabes  
Conmigo se pierde. Eh  
No le rindes cuentas a nadie. Eh*

Lo jugoso no entra en bicicleta, podría explicar, saboreando su tinto, cualquier ciudadano mínimamente informado, cualquier maestra de escuela, cualquier enfermera o trabajadora social. Y a su manera podría contarle cualquier muchacho pimpineando al borde de las carreteras. El volumen importante entra en los camiones con barriles de cincuenta galones, en higiénicos e inoxidable camiones lecheros, en los tanques dobles de turistas reincidentes y en las tuberías bien montadas que serpentean la maleza y no mueven medidor alguno.

*Le gusta la gasolina. Dame más  
Le encanta la gasolina. Dame más*

Eso contaría el maestro de escuela, el cura del barrio o cualquiera que creyera que vale arriesgar la salud alfabetizando al ingenuo viajero que pregunta y parece buenamente sincero. Diría que es tanto lo que pasa de ser gratis allá a valer fortuna acá, que el precio del combustible se afloja hasta en el anillo cintura de la capital del país. Capitales, habría que decir, porque hay varias. Comercio. Capital. Organización. Fuerza.

*Ella enciende las turbinas  
No discrimina  
Hasta la sombra le combina*

Y cuando se dan los instructivos para principiantes siempre hay cerca algún fundamentalista liberal para hacer notar triunfalmente cómo el libre comercio, la oferta y la demanda

sin distorsiones estatales construyen el único camino hacia la paz entre los pueblos.

*Asesina, me domina  
Janguea en limosina  
Se llena el tanque de adrenalina*

Y mientras, ¡Que viva la muerte, coño!

Lo cierto es que estos datos y opiniones están totalmente ausentes de lo que ocupa a los tres personajes que ahora se encuentran en ese camino tan poco transitado. El muchacho de la camioneta habla primero: ¡Amigo! ¡Se metió mal! Allá atrás, en la Yé de la vaca, debió seguir recto y a esta hora estaría tranqueándose una cerveza helada en Pelaya ¿En qué puedo servirle? ¿Necesita combustible? Ya le sirvieron entonces.

Habla como patrón pero el tono no cuadra con su rostro sin bigote ni barba, casi infantil. Tampoco va con su tamaño, que le hace mirar el camino a través del volante y no por encima. Parece un niño haciendo sonar una voz de grande, más insegura que audaz. El Reta limpia suavemente sus gafas con saliva y un último pañuelo limpio.

En el cajón de la camioneta hay dos bidones amarrados con cuerda verde en ocho y cruzadas con nudo camionero. Parecen vacíos. El paso frontera debe ser más que una trocha de monte para tener con qué llenarlos. Conejos.

El Reta se está apoyando más en el bastón porque la rodilla le molesta con insistencia. El hombre de la bicicleta acomoda su carga. El mango del machete corto asoma del morral en el que van la fruta y las galletas para el viaje. Le preocupa el tono del muchacho. Hubiera preferido que no se hubieran encontrado, que no coincidieran los tres allí, esa tarde. Quisiera montar en su bicicleta y seguir camino por donde venía el recién llegado. Si éste se lo permitiera.

¿Qué Yé de la vaca?, pregunta el Reta. Ahí donde el cabezón cornudo. El alambrado. ¿La máquina, bien? Bien, gracias. Si es una maravilla, una belleza.



*Belcebú en Alambre  
de Acero  
New York*

El Reta saca los billetes que había acordado pagar por los diez litros de gasolina y el hombre hace un gesto: guarde y preste atención a cómo se complica la cosa. Faltaba más. Al turista se le ayuda. Vea si arranca y siga usted con Dios y cautela.

El Reta mira al hombre y al niño. Se percata de que se conocen y hasta que se parecen un poco. Sobrino, dice. Tío, contesta el mocosito. El Reta nota, entonces, los ojos hinchados, todo pupilas, capilares cargados como si no hubiera sido el polvo del camino el irritante sino lo que lleva dentro y le chorrea por los lagrimales, con la voz de gallo patrón y las risas que descuajan.

¿Sabía, tío, que al gringo le dicen Aparicio? Imagínese. Don Aparicio Retaguardia. ¿Qué pasó, viejo? ¿No lo quería su mamá? El Reta quita el peso del bastón y esta vez la rodilla aguanta callada. La pausa acentúa el malestar. Se huele el mal aliento. ¿De dónde viene tanta muerte?

Sobrino, usted se ha pegado algo fuerte que le está lastimando el alma, así que despacio. Como agua bendita, tío. Llevo dos días de no creer. Caramelo flipeado, dice riendo, y se frota los ojos que le pican y chorrean.

Candy flipping. Ácido, equis y aguardiente. Se está secando. Sobre el asiento derecho hay una Mossberg de seis tiros, un revólver niquelado y una caja de cartuchos doce.

¿Cómo así, tío, no le va a cobrar al cliente? Cobre, tío, los diez que corresponden, que de este lado no regalamos el combustible. ¿Supo que mataron a la Omaira? Frente a la tienda. Péndulo entre ternura y zarpazo. Duelo de ira. Dijo que no pagaba más. A todo el Mercado Nuevo le decía que no pague.

Hay que hacerle tomar agua. ¿Cuándo fue, sobrino? El muchacho no parece escucharlo. Mira por el retrovisor. Abre y cierra la guantera. Ayer, dice. Chupar una fruta. Algo. Tengo granadilla, sobrino. El recuerdo del aroma lo distrae de lo que en la muerte de Omaira le espantaba. ¿De cuál, tío? De las dos. De maracuyá y de la dulce. Amarilla y colorada. ¿De cuál quiere? Hay que probar y ver. Pero el cambio es breve. El sobrino tiene metida en el pecho una rata enferma que le asoma por la boca; hijueputa, por qué carajo trae la caneca por acá si sabe que ya no se puede. ¿Eh? ¿Sabe que hay orden para hacer con usted, tío?

Abre la puerta de la camioneta. Desprolijo, con el revólver al cinto y apoyándose en el estribo, se estira y toca tierra. De pronto parece contento, como si anticipara el sabor de la fruta. Un instante de equilibrio. Los tres de pie, de frente al centro de un triángulo virtual, y los vehículos como testigos: bicicleta, Africana y camioneta. Extrañas disparidades. Bastón, revólver, machete. Barba blanca, piel morena, tez confusa. Piedra, papel y tijeras. Aroma entre fruta fresca y vapor de gasolina. Tijeras cortan papel. Papel envuelve piedra. Piedra rompe tijeras.



*Niebla  
Norte de Santander  
J. Angarita (2009)*

El Tío sabe que ya no se puede seguir más por acá. Está decidido. Hay orden. Terco, el hombre. Don Aparicio no entiende nada. Usted no se meta. Disfrute. El camino se pone mejor. Haga noche en la casa del Valle. De mi parte, ahí le muestran lo que quiera. Todo servicio.

El Reta ofrece agua acercándole la botella y le dice al tío que saque esa fruta fresca que se le hace agua la boca. El tío extiende el brazo hacia el morral de la fruta, del que asoma el machete. Los gestos sorprenden al muchacho aturcido por el dolor de fondo en el pecho. La rata escapa. Con un reflejo relámpago empuña el revólver y apunta al cuerpo de quien ya saca el machete del morral. El Reta levanta la punta metálica del bastón en una curva contra el revólver gatillado. La punta afilada del machete, en cambio, recorre una curva descendiente que cortaría lo indispensable. El bastón golpea el arma en el instante del disparo y lo desvía. Golpe, disparo y corte.

La bala se incrusta en el tronco junto al bidón de gasolina. El muchacho sangra poco, como si ya se le hubiera secado la sangre en el cuerpo. Parece haberse muerto callado antes de tocar suelo. El impulso deja al Reta a su lado. Rodilla en tierra. Inútil a fondo.

El tío dice: No toque nada, recoja lo suyo, monte y váyase. En el bolsillo del muerto, suena un celular. El Reta duda. Se repite una tonada roquera. Ni lo piense, Don Aparicio, usted ya hizo lo debido. Es asunto nuestro, ahora siga. El Reta, inde-



*Paso Comercial  
Cúcuta  
Jan Sochor (2006)*

Acomoda lo suyo en el morral y asegura la bicicleta en el balde de la camioneta, entre los bidones de combustible. El Reta está aturdido. Sabe el sudor frío en el calor del mediodía. Siente que deberá vaciarse para espantar la náusea y recuperar el aliento.

Cuando regresa el hombre, él está en cuclillas, a la sombra, apoyado en el estribo de la cabina. La barba de Aparicio está manchada de rojo. Se siente débil. Los dos saben que no pueden salir de allí juntos. Tenga esta fruta. No coma otra cosa. Tome agua en donde lo hace el ganado. Algo lo está envenenando. Trague las semillas. Donde esté alambrado guarde la izquierda, pase y cierre las tranqueras. Señala hacia el sur con ambos brazos. Cuando oscurezca salga del camino y aguante. Mañana suba, dice, apuntando a la Sierra. Pasará Ayacucho y el Carmen, Convención y Río de Oro. La ruta está bien. Ocaña y Abrego. A toda eso, con sus valles y sierras, sus ríos, su gente y sus escaramuzas, llaman el Catatumbo. No se deje encandilar. Son raspachines que se pintan de azul la sangre. Si se cansa y no avanza, pare y le ayudan. Turista cansado. Algo que comió le cayó mal. Quédese sólo lo indispensable y siga camino. Esa tierra es bella, es rica. Da de todo. Por eso siguen en el todos contra todos. Se entrematan comprando y vendiendo lo que no es suyo. Se reparten tierra, trabajadores, rutas. Usted no está con nadie, así que siga el Catatumbo, sonría y disfrute. Ya sabe: el único peligro es que se quiera quedar...

Continúe y en Sardinata hágase el paseo hasta los petroglifos. Busque al fotógrafo de caja y sáquese la obligatoria. Él es ciego pero sabe lo que hace. Si la foto sale chueca o quemada no diga

ciso, guarda silencio. No sabe dónde está ni cómo llegar al cruce que le indicaron.

Los caminos resaltados de amarillo y de azul en la última hoja de ruta parecen ir en círculos. Necesito salir, dice.

El hombre aleja el cuerpo del camino y lo cubre de hojarasca y maleza.

nada, páguele y retome el camino. Si sale bien encuadrada y expuesta dígame que necesita Sangre Dragón para las tripas. No diga más nada. Si tiene le dará. Páguele y tómese lo que le dé como él ordene. Si no tiene le dirá que vuelva el viernes. Siempre dice que vuelva el viernes.

Si se encuentra con indios, no se preocupe. Por más auténticos que parezcan no lo son. Espíritus motilonos con celular y MP3.

Siga el río hasta Puerto Santander y cruce el puente. Estará en Venezuela. Siga con su rollo de San Nicolás en moto que va para Brasil. Lo tratarán bien. En Almacenes San Andrés le venden gasolina. Tanquee y siga por lo suyo. En el primer cruce asfaltado hale hacia el norte, a su izquierda. No pare hasta Machiques. Tome agua en la fuente, busque la iglesia y pida posada. Si llega, se salva. Buen camino...



*Cruce de Frontera  
Puerto Santander  
Magnum America  
(2007)*